

XXIII.

El mensajero.

Cumplióse la previsión política del duque de Borgoña : la ciudad de París, harta de la agitación y desórdenes que en ella reinaban hacia largo tiempo, atribuyó el fin de sus males á la presencia del duque, sin pensar que fuese consecuencia de los acontecimientos, á la severidad que había manifestado y sobre todo á la decapitación de Capelucho, uno de los principales promotores de alborotos. Restablecióse el orden después de la muerte de éste, y todo el mundo se deshacía en alabanzas al duque de Borgoña, cuando un nuevo azote vino á descargar su furia sobre aquella desgraciada ciudad, en cuyas calles aun no habían desaparecido los rastros de sangre : la peste, hermana macilenta

y descarnada de la guerra civil, empezó á hacer estragos en París.

Declaróse al cabo una epidemia terrible. El hambre, la miseria, los cadáveres olvidados en las calles y barrancos, las pasiones políticas que hacen hervir la sangre en las venas, fueron las voces infernales que la llenaron. El pueblo, que empezaba á entibiarse y que estaba espantado de sus propios excesos, creyó sentir la mano de Dios en aquel nuevo azote; un vértigo febril se apoderó de él. En vez de aguardar la enfermedad á pie firme en las casas y tratar de tomar en ellas las precauciones necesarias para preservarse del mal, se esparció la población entera por las calles; algunos hombres corrían como dementes gritando que los quemaban las llamas del infierno, y abriéndose paso á través de la turba, que se apartaba despaavorida ante ellos, los unos se arrojaban en los pozos, los otros en el río. Por segunda vez faltaron sepulcros á los muertos y religiosos á los moribundos. Los hombres que se sentían acometidos de los primeros síntomas del mal, detenían á los ancianos en la calle y los obligaban á escuchar su confesión. Los grandes no estaban libres de la cruel epidemia, ni más ni menos que la plebe : el príncipe de Orange y el señor de Poix murieron de

ella; uno de los hermanos Fosseuse se sintió con los primeros síntomas de la dolencia al subir la escalera del palacio de San Pablo, adonde iba á presentarse al duque; quiso continuar su camino, pero apenas hubo subido seis escalones, se detuvo pálido y demudado, con los cabellos erizados y las rodillas vacilantes. No tuvo tiempo más que para cruzar los brazos sobre el pecho, diciendo: Señor, tened piedad de mí; y cayó muerto. El duque de Bretaña, los de Anjou y de Alenzón se retiraron á Corbeil, y sire de Giac, con su mujer, á la quinta de Creil, que les había regalado el duque de Borgoña.

En el palacio de San Pablo se divisaban de tiempo en tiempo detrás de los cristales, como sombras, el duque ó la reina, que dirigían sus ojos hacia aquellas escenas de luto y desolación; pero nada podían para remediarlas y continuaban guardándose en palacio. Con respecto al rey, se decía que había vuelto á ser acometido por otro acceso de locura.

Entretanto, Enrique de Inglaterra, al mando de un poderoso ejército, se dirigía á poner sitio á Rouen. Aquella ciudad dió un grito de tristura que se confundió con los clamores del pueblo de París, antes de llegar á los oídos del duque de Borgoña, y

sin embargo, era la voz de una ciudad entera que pedía socorro. Los de Rouen abandonados, habían, no obstante, cerrado sus puertas y jurado defenderse hasta el último extremo.

Los delfineses por otro lado, capitaneados por el infatigable Tanneguy, por el mariscal de Rieux y por Barbasán, apellidado el *Caballero sin tacha*, después de haberse apoderado de la ciudad de Tours, defendida por el duque Guillermo de Rommenel y Carlos Labbe, intentaron varios reconocimientos hasta las mismas puertas de París.

El duque Juan tenía por consiguiente á su izquierda á los delfineses, enemigos de Borgoña, á su derecha á los Ingleses, enemigos de Francia, y á su frente y retaguardia la peste, enemiga de todos.

En tan extrema situación pensó entrar en ajustes con el delfín, dejando á los reyes y á éste la responsabilidad de la defensa de París, y salir con él con presteza á socorrer á Rouen.

La reina y el duque de Borgoña firmaron de nuevo, por consiguiente, los arreglos del tratado de paz, extendido poco tiempo antes en Bray y en Monterau. El 17 de Septiembre fueron publicados á son de trompeta en las calles de París, y el duque de Bretaña, portador del tratado, quedó encargado de someterle á la aprobación del delfín: al mismo

tiempo, y para inclinar su ánimo á una reconciliación, iba comisionado para acompañar á la tierna esposa del delfín (1), que se había quedado en París, y con la cual habían tenido los mayores miramientos la reina y el duque.

El duque de Bretaña halló en Tours al delfín y obtuvo una audiencia. Cuando le introdujeron en presencia del príncipe, tenía éste á su derecha al joven duque de Armañac, que había llegado el día anterior de Guena pidiendo justicia por la muerte de su padre, y al cual le había prometido hacérsela cumplida y entera; á la izquierda se hallaba Tanneguy Duchatel, enemigo declarado del duque de Borgoña; detrás de él estaban el presidente Louvet, Barbasán y Carlos Labbe, que se habían pasado del partido de Borgoña, gente toda deseosa de armar guerra, porque tenían mucho que esperar del delfín y mucho que temer del duque Juan.

Aunque al primer golpe de vista se persuadió ya el duque de Bretaña de cuál sería el resultado de la negociación, hincó la rodilla en tierra y presentó

(1) María de Anjou, hija de Luis, rey de Sicilia, casóse con el delfín en 1413; pero no tuvo efecto el matrimonio hasta 1416, por no tener María más que once años en aquella época.

el tratado al duque de Turena. Éste le tomó, y sin abrirle dijo al duque levantándose:

— Ya sé lo que es; me llaman á París, ¿no es verdad? ¿Me ofrecen la paz si consiento en volver allí? Tened entendido, primo mío, que jamás haré la paz con asesinos, y que no deseo volver á entrar por ahora en una ciudad cubierta aun de luto y de sangre. El señor duque que ha causado el mal puede remediarle; por lo que á mí hace, como no he cometido el crimen, no quiero ofrecerme para expiarle.

El duque de Bretaña quiso insistir, pero todas sus instancias fueron inútiles. Regresó á París con la negativa del delfín, y halló al duque de Borgoña dispuesto para entrar en el consejo, adonde debía ser oído un enviado de la ciudad de Rouen.

El duque escuchó con atención el relato que le hizo su embajador; después que éste hubo acabado de hablar, dejó caer la cabeza sobre el pecho, reflexionó algunos instantes, y exclamó de repente:

— Él tendrá la culpa.

Dicho esto, entró en la sala del consejo del rey.

Fácil es explicar el pensamiento del duque de Borgoña.

El duque era el primer y más ilustre vasallo de la corona de Francia y el más poderoso príncipe de

la cristiandad. El pueblo de París le adoraba; ya hacia tres meses que gobernaba á nombre del rey, y la terrible y crónica enfermedad de este desventurado príncipe había desesperanzado hasta á sus más adictos partidarios de verle tomar de nuevo las riendas del gobierno, al paso que los rectificaba más y más en que no podría vivir por mucho tiempo: en caso de muerte, no había más que un paso de la regencia á la soberanía para el duque. Los delfineses solo poseían el Maine y el Anjou; la cesión de Guiena y de Normandía al rey de Inglaterra harían de este un formidable apoyo y aliado. Las dos Borgoñas, Flandes y Artois, que le correspondían como vínculos de su casa y que pensaba reunir á la corona de Francia, le indemnizarían de aquella pérdida; en fin, no estaba tan lejos el ejemplo de Hugo Capeto, para que no soñase en reproducirle; y una vez que el delfín rehusaba la paz y quería guerra, á nadie tendría que quejarse después si las consecuencias de su negativa recaían sobre él.

Para todas estas consecuencias tenía muy poco que trabajar el instinto político del duque de Borgoña; no necesitaba más que dejar que durase el sitio de Rouen, entablar negociaciones con Enrique de Inglaterra y concertarse con él: de modo que

habiendo reconcentrado en sí todo el poder antes de la muerte de Carlos VI, luego que muriere éste no tuviese más que adornarse con el título de rey, pues ya tenía el poder, que era lo único que le faltaba.

No podía presentarse ocasión más favorable para poner en práctica tan gran designio: el rey, cuyo juicio continuaba trastornado, no podía asistir al consejo y ni aun tenía noticia de su convocación: por consiguiente, el duque era dueño de enviar á la ciudad de Rouen la respuesta que le pareciese más conveniente, si no á los intereses de la Francia, á los suyos propios por lo menos.

Preocupado con aquel pensamiento, entró en la sala del consejo y fué á sentarse, como para ensayar el papel que después esperaba representar, en el trono del rey Carlos.

Solo á él aguardaban para mandar que se presentase el mensajero.

Era éste un religioso anciano y de cabellos blancos; había venido desde Rouen descalzado y apoyado en un báculo, cual conviene al que pide socorro. Adelantóse hasta en medio de la sala, y después de haber saludado al duque de Borgoña, iba á exponer el objeto de su misión, cuando de repente se dejó sentir un gran ruido en una puer-

tecita cubierta de un tapiz, que comunicaba con la cámara real. Todos volvieron la cabeza y vieron llenos de sorpresa levantarse el tapiz y aparecer el rey Carlos, que se encaminó paso á paso por aquella sala donde nadie le esperaba, con un mirar frenético y paso firme, hacia el trono en que prematuramente se había sentado el duque Juan de Borgoña.

Aquella aparición inesperada llenó á todos los circunstantes de un vago sentimiento de temor y respeto. El mismo duque de Borgoña le miraba acercarse, levantándose gradualmente del trono á medida que el rey adelantaba, como si una fuerza sobrenatural le impeliese á hacerlo; y cuando el rey puso el pie en la primera grada del trono para subir á él, el duque volviéndose hacia el lado opuesto, le puso maquinalmente en la última para bajar: todo el mundo miraba en silencio aquel singular columpio.

— Entiendo vuestro asombro, señores, dijo el rey; sin duda os habían dicho que estaba loco y quizás muerto.

Echóse á reír de un modo que daba lástima el verlo, y continuó:

— No, señores, no: estaba preso. Pero ha llegado á mi noticia que el consejo estaba reunido

durante mi ausencia, y he querido asistir á él; espero, primo de Borgoña, que advertiréis con gusto el estado de mi salud, el cual sin duda os habían exagerado, y que mi enfermedad no me estorbará ponerme al frente de los negocios del reino.

En seguida, volviéndose hacia el religioso:

— Hablad, padre mío, le dijo: el rey de Francia os escucha.

Y se sentó en el trono.

El religioso se puso de hinojos ante el rey, cosa que no había hecho con el duque de Borgoña y empezó á hablarle en aquella postura.

— Señor, exclamó, los Ingleses, enemigos vuestros y nuestros, han puesto sitio á la ciudad de Rouen.

El rey se estremeció.

— ¡ Los Ingleses en el centro de mis reinos, y el rey lo ignora! dijo. ¡ Los Ingleses sitiando á Rouen!... ¡ Á Rouen, que es ciudad francesa desde Cloves, ascendiente de todos los reyes de Francia; que si fué perdida una vez recobróse al punto por Felipe Augusto!... ¡ Rouen, mi mejor plaza... uno de los seis florones de mi corona!... ¡ Oh! ¡ traición! susurró en voz baja.

El religioso, viendo que el rey había acabado de hablar, continuó:

— Vengo, señor y príncipe nuestro, comisionado por los habitantes de la ciudad de Rouen, para hacer llegar sus palabras hasta vos como soberano, y contra vos, duque de Borgoña, que estáis encargado del gobierno del rey y de su reino; para pedir favor, señor, contra la opresión que sufren por parte de los Ingleses. Y os hacen saber por mi voz, que si su negra fortuna hiciese que por falta de socorro vuestro llegasen á ser súbditos del rey de Inglaterra, no tendríais peores enemigos que ellos, y que harían lo posible por exterminaros á vos y á toda vuestra raza.

— Padre, dijo el rey levantándose, habéis cumplido con vuestra misión y me habéis recordado la mía. Volved adonde os esperan los decididos habitantes de Rouen; decidles que se sostengan, y que yo juro salvarles por medio de negociaciones ó socorros oportunos, aun cuando tuviese que entregar mi hija Catalina al rey de Inglaterra para conseguir la paz, aun cuando para emprender la guerra tuviese que salir en persona á combatir á los enemigos y reunir por mí mismo toda la nobleza del reino.

— Señor, replicó el religioso saludándole, os doy gracias por vuestro buen deseo y ruego á Dios que no le haga variar ninguna voluntad que no sea

la vuestra. Pero ya sea para paz, ya sea para guerra, es necesario que os deis prisa, señor; porque la mayor parte de los habitantes de vuestra ciudad han muerto ya de hambre, y hace dos meses que no nos alimentamos más que de carnes que no destinó Dios para comida humana. Doce mil pobres entre hombres, mujeres y niños, se han visto obligados á echar los defensores fuera de la ciudad, los cuales se mantienen en los fosos con raíces y aguas cenagosas; de tal modo, que cuando alguna pobre mujer en cinta llega á ser madre, las gentes caritativas suben en cestas con cuerdas á los recién nacidos, los hacen bautizar y se los devuelven á sus madres para que al menos mueran cristianos.

El rey lanzó un hondo suspiro y se volvió hacia el duque de Borgoña.

— Ya lo oís, le dijo dirigiéndole una mirada que decía más que las más amargas quejas; no es extraño que yo, el rey, me encuentre en tan lastimoso estado, ni que mi cuerpo y espíritu padezcan y se aniquilen, cuando tantos desgraciados, que creen que yo ocasiono sus males, elevan hacia el trono del Señor un griterio de maldiciones capaz de hacer retroceder al ángel de misericordia. Marchad, padre, continuó dirigiéndose al religioso, regresad á esa desgraciada ciudad, á la cual qui-

siera enviar mi propio pan; decid que no dentro de un mes, no dentro de ocho días, no mañana, sino hoy mismo, en el acto, saldrán embajadores míos por el Puente-de-Arche para tratar la paz, y que el rey irá en persona á San Dionisio á sacar con sus propias manos el oriflama para aprestarse á la guerra.

Primer presidente, añadió volviéndose á Felipe de Morvilliers, y sucesivamente á los demás á quienes dirigía la palabra: messire Regnault de Folville, messire Guillermo de Champ-Divers, messire Tierry-le-Roy, esta tarde misma saldréis con plenos poderes para tratar de las paces con Enrique de Lancaster, rey de Inglaterra; y vos, primo, id á dar las órdenes necesarias para que marchemos á San Dionisio; saldremos al instante.

Levantóse el rey en cuanto hubo dicho estas palabras y todos le siguieron. El religioso vino á él y le besó la mano.

— Señor, le dijo, Dios os tenga en cuenta el bien que vais á hacer: mañana bendecirán vuestro nombre ochenta mil personas.

— Que rueguen por mí y por la felicidad de la Francia, padre mío, porque bien lo necesitamos ambos.

Dichas estas palabras, se concluyó el consejo.

Dos horas después descolgaba el rey por sus propias manos el oriflama de las antiguas paredes de San Dionisio. En seguida preguntó al duque por un caballero de ilustre nombre y acreditado esfuerzo para confiársele: el duque le designó uno.

— ¿Cómo os llamáis? le dijo el rey al presentarle la santa enseña.

— Sir de Montmort, contestó el caballero.

El rey revolvió en su memoria buscando á qué noble rama, á qué gran suceso se enlazaba aquel nombre. Después de un momento le entregó el oriflama exhalando un suspiro; era la primera vez que la bandera real se confiaba á un vástago de familia tan poco conocida.

El rey envió sus instrucciones á los embajadores sin regresar á París. Uno de ellos, el cardenal de Ursinos, recibió un retrato de la princesa Catalina; llevaba encargo de dejárselo ver al rey de Inglaterra.

El 29 de Octubre de 1418 hizo noche la corte en Pontoise, en donde debía aguardar el resultado de las negociaciones del Puente-de-Arche; mandóse en aquel mismo día á todos los caballeros que fuesen á reunirse allí con sus escuderos, hombres de armas y equipos de guerra.

Sire de Giac fué uno de los primeros que se

presentó: adoraba siempre á su mujer, pero al grito lastimoso que en nombre de la Francia había lanzado su rey, lo dejó todo, su hermosa Catalina y sus caricias de niña, su quinta de Creil y sus voluptuosos salones, su alameda y sus deliciosas calles en que era tan grato pasear, hollando con los pies las amarillentas hojas que los vientos de otoño hacían caer de los árboles, y cuyo susurro melancólico estaba tan en armonía con la vaga meditación de un corazón joven y enamorado.

El duque le recibió como á un amigo, y dió una comida á muchos jóvenes y nobles señores con motivo del arribo de su favorito: por la noche hubo reunión y juego en casa del duque. Sire de Giac era el héroe de aquella noche, como lo había sido del día; todos le preguntaban por Catalina, que había dejado en pos de sí más de un recuerdo en el alma de varios nobles donceles.

El duque estaba pensativo, pero su frente risueña manifestaba que le ocupaba algún pensamiento festivo.

De Giac, para librarse de los cumplimientos de los unos, de las chanzas de los otros, y aun más para sustraerse de la abrasada atmósfera de la sala de juego, se paseaba con su amigo sire de Graville en la primera estancia de las que formaban la

habitación del duque. Como éste se había instalado allí desde la vispera únicamente, el servicio de pajes, escuderos y mesnaderos, no estaba aun repartido ni organizado; de suerte que un aldeano entró hasta aquella primera estancia sin haber encontrado á nadie, y dirigióse al señor de Giac para saber cómo haría para que llegase á manos del duque de Borgoña una carta.

— ¿ De parte de quién ? preguntó Giac.

El aldeano se quedó algo cortado, y repitió su pregunta.

— Escucha, le dijo Giac, no tienes más que dos medios: el primero es atravesar conmigo esos salones, atestados de apuestos caballeros y nobilísimas damas, entre los cuales haría muy mal efecto un villano como tú: el segundo consiste en traerte aquí al duque, lo cual no me perdonaría si la carta que dices no merece que se tome ese trabajo, como yo sospecho.

— ¿ Y cómo lo he de componer entonces ? dijo el pechero.

— Dame la carta, y aguarda aquí la respuesta.

Y antes que el campesino tuviese ni aun tiempo para retirarla, tenía de Giac la carta entre dos de sus dedos y se encaminaba hacia el cuarto que

estaba en el fondo de la estancia, llevando siempre del brazo á su amigo Graville.

— Por vida mía, dijo éste, que esa carta tiene todas las trazas de ser amorosa, según lo delicadamente que está doblada, la figura del papel y el embalsamado olor que despide.

De Giac se sonrió, fijó maquinalmente la vista en la carta y detúvose de pronto como herido del rayo. Había reconocido en el sello que la cerraba la señal de una sortija que su mujer llevaba antes de su casamiento, y cuya explicación no había querido darle nunca, á pesar de habérsela pedido muchas veces: era una estrella aislada en un cielo tempestuoso, con este mote: *la misma*.

— ¿Qué tienes? le dijo Graville viéndole palidecer.

— Nada, nada, repuso Giac recobrándose al punto y enjugando su frente, por la cual corría un sudor de hielo: un desvanecimiento, un mareo. Vamos á llevar esta carta al duque.

Y arrastró á Graville, con tal viveza y fuerza, que éste creyó se había vuelto loco de repente.

El duque estaba en lo último de su cámara, vuelta la espalda á una chimenea, en la cual ardía un haz de leña; de Giac le presentó la carta, diciéndole que un hombre aguardaba la respuesta.

El duque la abrió. Á las primeras líneas se advirtió en su semblante un ligero movimiento de sorpresa; pero desapareció al punto, gracias al imperio que tenía sobre sí mismo. De Giac estaba de pie delante de él, fijando sus penetrantes miradas en el rostro impávido del duque. Luego que éste hubo acabado de leer, arrolló indiferentemente el papel entre sus dedos y le arrojó al fuego por detrás.

De buena gana hubiera metido de Giac la mano en aquel brasero ardiendo por coger la carta; pero se contuvo.

— ¿Y la respuesta? dijo con una voz, cuya alteración en vano procuró reprimir.

Una rápida y escudriñadora mirada salió de los ojos azules del duque Juan, y vino como á reflejarse en el rostro de Giac, á la manera que en la tersa superficie de un espejo.

— ¿La respuesta? contestó con frialdad: Graville, decid á ese hombre que yo mismo la llevaré.

Al acabar estas palabras, cogió el brazo de Giac como para apoyarse en él, pero más bien para estorbarle que siguiera á su amigo.

Toda la sangre de Giac se agolpó á su corazón y trastornó su vista cuando sintió el brazo del duque que se apoyaba en el suyo. No veía ni oía: veníanle

deseos de matar al duque en medio de aquella concurrencia, en lo mejor de la fiesta, al resplandor de las luces, pero parecía que su daga estaba enclavada en la vaina; todo andaba á su alrededor, se encontraba como en un círculo de fuego; y cuando el duque soltó su brazo de pronto luego que vió volver á Graville, cayó como herido de muerte sobre un sillón que felizmente se encontraba al lado.

Cuando volvió en sí dirigió la vista hacia la reunión, que continuaba bulliciosa y festiva, arrastrando oro y respirando placeres, sin pensar que en medio de ella había un hombre que encerraba el infierno en su seno. El duque ya no estaba.

De Giac se levantó de pronto como si un resorte le hubiese puesto violentamente de pie, y fuese de cuarto en cuarto como un loco, con los ojos desecajados y la frente cubierta de sudor llamando al duque.

Todo el mundo acababa de verle pasar.

Bajó hasta la puerta exterior; un hombre embocado en su capa acababa de salir y montar á caballo. Giac oyó el ruido del galope al extremo de la calle; vió las chispas que lanzaban los pedernales heridos por las herraduras del caballo.

— Es el duque, dijo.

Y se precipitó en las caballerizas.

— ¡ Ralff! gritó al entrar. ¡ Ah, Ralff mío!

Y de tantos caballos como allí se encerraban, uno solo relinchó, levantó la cabeza é hizo esfuerzos por romper los lazos que le tenían sujeto al pesebre.

Era un hermoso caballo español, color Isabela, de raza pura, de cola y crines pobladas y airosas, de descarnadas piernas, por las cuales se entrecruzaban mil veces sus nudosas venas como una red.

— Ven, Ralff, dijo Giac cortando con su daga la atadura que le tenía sujeto.

Y el caballo, libre y alborozado, saltó como un cervatillo.

Giac prorrumpió una blasfemia dando con el pie en el suelo: el caballo, asustado á la voz de su amo, se quedó quieto doblándose por los corvejones.

— Vamos, Ralff, vamos.

Arrimóle el acicate, y el caballo salió como un rayo.

— Vamos, vamos, Ralff, es preciso alcanzarle, decía Giac hablando á su caballo como pudiese entenderle. ¡ Más aprisa! ¡ más aprisa, Ralff mío!

Y Ralff se comía el camino, no tocando al suelo

más que á saltos, arrojando espuma por la boca y fuego por los ojos.

— ¡ Oh ! ¡ Catalina, es posible que encierre tu corazón tanta perfidia y tu boca sea tan pura, tus ojos tan hechiceros, tu voz tan melodiosa ; rostro de ángel, alma de demonio ! Esta misma mañana me despedía con caricias y besos ; pasaba por tus crines su pálida mano, alhagaba tu cuello con sus suaves y bien torneados dedos, diciéndote : Ralff, Ralff mío, vuélvemele pronto, mira que él es mi delicia. ¡ Infame escarnio !... ¡ Más aprisa, Ralff, más aprisa !

Y el caballero descargaba el puño apretado convulsivamente sobre el cuello del caballo, en el mismo sitio en que Catalina le había acariciado. Ralff iba cubierto de espuma.

— ¡ Catalina, tu amado llega, y es Ralff quien te le vuelve !... ¡ Oh ! si es cierto, si es cierto que me engañas... ¡ Oh ! ¡ venganza ! Mucho tiempo he de necesitar para encontrar una digna de vosotros dos. Vamos, vamos, es preciso que lleguemos antes que él. Ralff, ¡ más aprisa ! ¡ más aprisa !

Y le dislaceraba los ijares con el acicate : el caballo relinchaba de dolor.

Oyóse á alguna distancia el relincho de otro caballo, y muy luego descubrió Giac un jinete que

iba también á escape. Ralff atajó de un salto al caballo y caballero, y pasó adelante como un águila alcanza y pasa al buitre con solo un vuelo. De Giac reconoció al duque : el duque creyó ver pasar á su lado alguna aparición fantástica.

Aquello probaba que el duque Juan iba en efecto á la quinta de Creil.

El duque continuó su camino, y después de algunos segundos desaparecieron caballo y caballero ; aquella aparición en nada distrajo su espíritu, demasiado ocupado en aquel momento por dulces ilusiones amorosas. Iba á descansar un momento de las contiendas políticas y de las contiendas á mano armada. Había por consiguiente dicho adiós por aquella noche á las fatigas del cuerpo y á los tormentos del alma. Iba á adormecerse en los brazos de su hermosa dama, el amor iba á posarse en su frente : los corazones de león, los hombres de hierro, son los que sobre todo saben amar.

Llegó por fin á la puerta de la quinta. Todo estaba obscuro : solo brillaba una oscilante luz al través de una ventana y detrás de la recamada cortina se dibujaba una sombra. El duque ató su caballo á un anillo y tocó una corneta de marfil que llevaba pendiente del cinturón.

Agitóse la luz, desapareció primero de la estancia

en que al principio se descubrió, y pasó sucesivamente al través de la larga serie de ventanas, iluminándolas una á una consecutivamente. Al cabo de un instante oyó el duque al otro lado de la tapia unas pisadas que hacían crugir levemente la hierba y las hojas secas, y una voz dulce y delicada dijo al través de la puerta :

— ¡ Sois vos, duque ?

— Sí, sí, no temas, hermosa Catalina ; sí, soy yo.

Abrióse la puerta : la joven estaba trémula de miedo y de frío.

El duque la echó sobre los hombros el embozo de su capa y la acercó á su pecho : de este modo atravesaron un patio exterior en medio de la más profunda obscuridad. Al pie de la escalera ardía una lámpara de plata con aceite perfumado. Cogióla Catalina, que no se había atrevido á salir con ella por miedo de ser vista ó de que el viento se la apagase, y ambos subieron la escalera abrazados y aproximados uno á otro.

Era preciso atravesar para llegar á la alcoba una larga y obscura galería. Catalina se acercó más al pecho de su amante.

— ¡ Creeréis, duque, le dijo Catalina, que he pasado sola por aquí ?

— ¡ Oh ! tenéis más valor que un guerrero, Catalina mía !

— Era por iros á abrir.

Catalina posó su cabeza sobre el hombro del duque, y éste sus labios sobre la frente de Catalina, y atravesaron así la galería. La lámpara formaba en torno de ellos un círculo de luz oscilante que iluminaba el rostro moreno y varonil del duque y la cabeza agraciada y bella de su querida : al verlos creía uno estar mirando un cuadro del Ticiano que se movía. Llegaron á la puerta de la estancia, en la cual se respiraba un ambiente suave y balsámico : la puerta se cerró en pos de ellos ; todo volvió á quedar en tinieblas.

Habían pasado á muy corta distancia de Giac y no habían visto su rostro lívido entre los inmensos pliegues de la roja cortina que tapizaba la última ventana.

¡ Oh ! ; quién es capaz de describir lo que sintió su corazón cuando los miró acercarse tan amorosamente enlazados ! ; Qué venganza imaginaria aquel hombre, pues no se lanzaba sobre ellos y los cosía á puñaladas !...

Atravesó también la galería, bajó paso á paso la escalera dando traspieses como un viejo, con las piernas dobladas y la cabeza sobre el pecho.

Cuando llegó al extremo del parque abrió una puertecita que daba al campo, y de la cual solo él tenía llave. Nadie le había visto entrar ni salir. Llamó á Ralff con voz ronca y temblorosa : el noble animal dió un salto y vino á él.

— ¡ Silencio, Ralff, silencio ! dijo poniéndose á caballo.

Dejó caer las bridas sobre el cuello de su corcel, entregándose á él ; se sentía incapaz de guiarle, y se cuidaba poco además del sitio adonde podía conducirle.

Preparábase una gran tormenta ; negros y espesísimos nubarrones rodaban por el cielo, y una lluvia finísima y glacial caía sobre la tierra. Ralff andaba al paso.

De Giac ni veía ni sentía, sino que estaba absorto en sus ideas. Aquella mujer acababa de destruir su felicidad y porvenir con un adulterio.

Los ensueños de Giac siempre habían sido la gloria en los combates, la felicidad en el amor ; en fin, gozar la verdadera vida de un caballero. Aquella mujer, que aun podía contar veinte años de hermosura, había recibido como en depósito su dicha y juventud. ¡ Infame ! todo lo había desvanecido, ensueños de gloria y amor : un solo pensamiento debía encerrarse desde aquella noche en

la imaginación de aquel hombre, un pensamiento de venganza duplicada, un pensamiento capaz de hacerle perder la razón.

Caía la lluvia cada vez más espesa, y cada vez arreciaba más el temporal : los árboles se doblaban hacia el camino como frágiles juncos azotados por la furia del viento, que arrancaba con violencia las amarillentas hojas que aun los adornaban : destilaba el agua por la frente de Giac, y no lo sentía : su sangre, que por tanto tiempo estuvo agolpada en su corazón, refluía con ímpetu hacia su cabeza, y sus arterias latían con ruido : veía pasar objetos extraños é ilusiones fantásticas ante sus ojos, ni más ni menos que las que debe divisar un hombre demente ; un solo pensamiento, eterno, abrasador, hervía en su cerebro confuso, informe, excitante del delirio.

— ¡ Oh ! exclamó de pronto, daría mi mano derecha al demonio con tal de vengarme.

Dió al mismo tiempo Ralff un salto lateral, y al resplandor de un azulado relámpago advirtió Giac que pegado al lado suyo cabalgaba otro caballero.

Hasta entonces no había reparado en aquel compañero de viaje : no podía darse razón tampoco de cómo se hallaba aquel hombre á su lado tan de

repente. Ralff demostraba en su inquietud que participaba del asombro de su amo, y le temblaban todos sus cuartos como si acabase de salir de un río helado. De Giac dirigió de nuevo una rápida mirada al advenedizo, y se admiró de verle tan distintamente, á pesar de la obscuridad de la noche. Un ópalo que el desconocido llevaba en el cintillo que sostenía la pluma, despedía un resplandor que permitía distinguirle perfectamente en medio de aquellas tinieblas. De Giac bajó los ojos para mirarle la mano : llevaba un anillo en uno de los dedos, en el cual había engastada una piedra de la misma especie ; pero sea que no fuese tan fina, ó que estuviese montada de un modo diferente, no poseía aquella virtud luminosa ; después de esto volvió á levantar la vista sobre el desconocido.

Era un mancebo de rostro pálido y melancólico, vestido de negro y montado en un caballo del mismo color ; de Giac observó con asombro que ni tenía silla, ni brida, ni estribos : el caballo obedecía á la simple presión de las rodillas. Empero como no estaba para entablar conversación, clavó los acicates á Ralff, que ya sabía lo que tenía que hacer, y salió á galope.

Otro tanto hicieron por un movimiento espontáneo el caballero y caballo negros. Volvióse de Giac

al cabo de un cuarto de hora, creyendo haber dejado ya muy lejos á su importuno compañero ; pero su asombro subió de punto cuando advirtió á la misma distancia al nocturno viajero. Sus movimientos y los de su caballo estaban regulados por los de Giac y Ralff, solo que el jinete parecía dejarse guiar más bien que conducir ; parecía que su caballo galopaba sin tocar el suelo, porque ni hacían ruido alguno sus pisadas, ni despedían la menor centella los guijarros del camino.

De Giac sintió un estremecimiento interior en sus venas ; tal era la sorpresa que le pasaba. Detuvo al caballo : la sombra que le seguía hizo otro tanto. Estaban en un sitio del camino adonde desembocaban otros dos : uno de ellos conducía hasta Pontoise, al través de la llanura : el otro se perdía en la espesa y sombría selva de Beaumont. De Giac cerró los ojos por un momento, creyendo hallarse poseído de un vértigo : cuando volvió á abrirlos encontró en el mismo sitio al caballero negro, y perdió la paciencia.

— Señor mío, le dijo señalándole con la mano el sitio en que se subdividía el camino, probablemente no tenemos los mismos negocios que desembrollar, y no llevamos el mismos objeto ; conque

elegid entre esos dos caminos el que mejor os pareciere : el que vos dejéis será el mío.

— Te engañas, Giac, contestó el desconocido con blando acento : los dos tenemos que ventilar los mismos asuntos y llevamos el mismo objeto. Yo no te buscaba, tú me has llamado y he venido.

De Giac recordó al punto la exclamación vengativa que se le había escapado y el modo con que el caballero se le había aparecido, ni más ni menos que si hubiese salido de la tierra. Examinó nuevamente al hombre extraordinario que tenía delante de sí. La luz que despedía el ópalo parecía una de esas llamas que arden en la frente de los espíritus infernales. Era de Giac crédulo, como caballero de la edad media, pero al propio tiempo tan valeroso como crédulo. No retrocedió un solo paso ; únicamente sintió que, á pesar suyo, se le erizaban los cabellos : Ralf por su parte se encabritaba, pifaba y tascaba el freno con desasosiego.

— Si eres quien aseguras ser, repuso Giac con voz entera, si has venido porque te llamaba, ya sabes para qué te he llamado.

— Quieres vengarte á la vez de tu mujer y del duque, pero quieres sobrevivirles y volver á gozar alegría y felicidad entre sus tumbas

— ¿ Y podrá ser eso ?

— Podrá ser.

Una sonrisa convulsiva se apoderó de Giac.

— ¿ Qué es lo que quieres por ello ? dijo.

— Lo que me has ofrecido, contestó el desconocido.

De Giac sintió crispados los nervios de su mano derecha ; vaciló.

— Dudas, repuso el caballero negro ; invocas la venganza y tiembas delante de ella. ¡ Corazón de mujer ! has tenido valor para presenciar tu deshonor y no le tienes para ser testigo de la expiación del crimen.

— ¿ Los veré morir á los dos ? contestó de Giac.

— Á los dos.

— ¿ Delante de mis ojos ?

— Delante de tus ojos.

— ¿ Y gozaré después de su muerte luengos años de amor, poderío y gloria, que ya creía perdidos para siempre ? añadió de Giac.

— Llegarás á ser después marido de la mujer más hermosa de la corte, el privado más querido del rey, y serás, como ya lo eres en el día, uno de los caballeros más esforzados del ejército.

— Bien está. ¿ Qué he de hacer ahora ? dijo de Giac con tono resuelto.

— Venir conmigo, respondió el desconocido.

— Hombre ó demonio, puedes echar á andar ; ya te sigo.

El caballero negro se precipitó, como si su caballo tuviese alas, por el camino que conducía á la selva : Ralff, el veloz Ralff le seguía con trabajo, aunque iba desbocado, y desaparecieron á breves instantes los dos caballeros como dos sombras bajo los arcos que por espacio de muchos siglos forman los árboles de la selva de Beaumont.

La tempestad duró toda la noche.

XXIV.

La toma de Rouen.

Los embajadores franceses llegaron por fin al Puente-de-Arche : el rey de Inglaterra había escogido por su parte para representarle al conde de Warwick, al arzobispo de Cantorbery y á otras personas de gran crédito, que eran miembros de su consejo. Empero desde la primera entrevista quedaron persuadidos los enviados franceses de que el rey Enrique estaba de inteligencia con Guy-el-Copero, comandante de la plaza de Rouen, que como tenía la certeza de tomar la ciudad, no quería más que ganar tiempo. Entabláronse primeramente acaloradas discusiones para resolver si las actas debían redactarse en francés ó en inglés. Era una cuestión de palabras que rebozaba una cuestión